

*Subjectivity, every day and narrative.
Notes to think the subjectivity
from a point of view situated**

Lady Paola Rojas**

* Este artículo deriva del proyecto de investigación “Cartografía social del entorno próximo a la Fundación Universitaria Los Libertadores”, Para mayor información, ver blog del proyecto de investigación: <http://cartografiasocialfull.tumblr.com/>

** Psicóloga. Investigadora en el proyecto: “Cartografía social del entorno próximo a la Fundación Universitaria Los Libertadores”. Correspondencia: lprojas@libertadores.edu.co

*Subjetividad, cotidianidad y narrativa. Apuntes para pensar la subjetividad desde una mirada situada**

Como citar este artículo: Rojas, L. P. (2014). Subjetividad, cotidianidad y narrativa. Apuntes para pensar la subjetividad desde una mirada situada. *Tesis Psicológica*, 9(2), 266-281.

Recibido: abril 20 de 2014

Revisado: abril 20 de 2014

Aprobado: junio 1 de 2014

ABSTRACT

Think subjectivity from a viewpoint located is a task that goes beyond the limits of scientific thought and forces them to rethink their configurations in light of the world of everyday life. This article reflects on the possibilities of making this transition takes place; for this, at first a journey of some of the epistemological transformation that has taken the approach of subjectivity in psychology doing emphasis in North American psychology and its development in Latin America. In a second stage, a number of points based on the need for a look that make possible to reflect, first one, on some of the theoretical topics that have defined the study of subjectivity in psychology; and second one, on the multiple relationships that are given between the subject searcher and social reality susceptible to be studied by the light of changes in social world. These aspects are the recognition of the everyday as a place of expression and problematization of subjectivity and narrative thought (Bruner, 1997) as axis of claim the recovery in alternating ways of enunciating the knowledge that is produced, configured and reconfigured on subjectivity. This document is developed like part of the epistemological and conceptual foundation, around the category subjectivity, in the mark of the Research project "Social Cartography of the next environment of the Fundación Universitaria Los Libertadores", which has been centered in the understanding of the existent relationships between territoriality and subjectivity as concepts and like social processes.

Keywords: Psychology, investigation, subjectivity, narrative, day-to-dayness.

RESUMEN

Pensar la subjetividad desde una mirada situada es una tarea que sobrepasa los límites del pensamiento científico y obliga a repensar sus configuraciones a la luz del mundo de la vida cotidiana. En este artículo se realiza una reflexión sobre las posibilidades de realizar este tránsito; para esto, en un primer momento se hace un recorrido por algunas de las transformaciones epistemológicas que ha tenido el abordaje de la subjetividad en la psicología, haciendo énfasis en la psicología norteamericana y su desarrollo en América Latina. En un segundo momento se propone una serie de aspectos basados en la necesidad de una mirada que posibilite reflexionar, primero, sobre algunos de los nichos teóricos que han delimitado el estudio de la subjetividad en psicología; y segundo, sobre las múltiples relaciones que se dan entre el sujeto investigador y la realidad social susceptible a ser investigada a la luz de los devenires del mundo social. Estos aspectos son, el reconocimiento de lo cotidiano como lugar de expresión y de problematización de la subjetividad, y el pensamiento narrativo (Bruner, 1997) como eje de la reivindicación de formas alternas de enunciar el conocimiento que sobre la subjetividad se produce, configura y reconfigura. Este documento sedesarrolla como parte de la fundamentación epistemológica y conceptual, en torno a la categoría subjetividad, en el marco del proyecto de investigación "Cartografía Social del entorno próximo de la Fundación Universitaria Los Libertadores", el cual se ha centrado en la comprensión de las relaciones existentes entre la territorialidad y la subjetividad como conceptos y como procesos sociales.

Palabras clave: Psicología, investigación, subjetividad, narrativa, cotidianidad.

“Había una vez, un tiempo inmemorial y remoto, y en región muy lejana. Su nombre respondía al de “saber”, “conocimiento” o también cultura”.

Recaredo Duque Hoyos (2006)

Introducción

Este artículo es un punto de partida en la construcción de la fundamentación epistemológica y conceptual de la categoría subjetividad, en el marco del proyecto de investigación “Cartografía social del entorno próximo de la Fundación Universitaria Los Libertadores”, en el cual se ha posibilitado el debate académico en torno a las categorías subjetividad y territorialidad en diversos espacios como semilleros de investigación y tertulias académicas, en los que ha emergido una pregunta clave que se aborda en este artículo: ¿cómo investigar sobre la subjetividad sin recurrir a la división ente lo interno y lo externo del ser humano? Esta pregunta es ciertamente compleja y requiere de un acercamiento histórico que permita reflexionar sobre cómo se ha constituido esta división. En este sentido, este artículo representa una primera pesquisa en torno a esta pregunta y plantea una propuesta orientada a la superación de dicha división desde la necesidad de una mirada situada en torno a su constitución.

En el marco de las discusiones ya enunciadas, se ha evidenciado que el abordaje de la subjetividad en las ciencias sociales conduce al encuentro entre incertidumbres y certezas teóricas, epistemológicas y metodológicas, pues pese a los múltiples intentos por conceptualizarla y comprenderla, la comunidad académica se sigue preguntando por la subjetividad, articulándola a nuevas y viejas categorías, y la sigue conjeturando a la luz de diversos problemas sociales, culturales y científicos. Esto se dilucida como un presentimiento de que la subjetividad

como asunto de las ciencias sociales, no está para ser definida sino para ser constantemente problematizada.

En este orden, se ha podido ver que la subjetividad como categoría de las ciencias sociales, ha transitado por problematizaciones teóricas, epistemológicas y metodológicas, que tienen como eje central la relación entre ser humano y sociedad. Al respecto, la ciencia social moderna se caracterizó por pensamientos monistas y dualistas, en los que la subjetividad fue relegada a lo interno del ser humano (Najmanovich, 2001), con lo cual, el papel del sujeto se negó en la constitución de lo social. Estas formas de pensar partieron de la estabilidad tanto de las estructuras mentales del ser humano, como de las estructuras sociales en las que este se desenvuelve. Por otro lado, en la actualidad ha emergido la necesidad de “comprender cuál es el papel del sujeto en la constitución de lo social, sin confundirla con lo individual ni reducirla a un conjunto de opiniones personales que los actores tienen en relación con el mundo” (Reguillo, 2001, p. 52), necesidad que en muchos casos se ha quedado en uno de estos dos requerimientos. Sin embargo, estos dos tiempos de las ciencias sociales no están aislados ni son los únicos: la herencia de los modos de pensamiento hegemónicos occidentales, que ha conllevado a la fundamentación de una moda en la que la subjetividad se sigue concibiendo como aquello interno del hombre que no dialoga con el mundo social, cultural e histórico, es una herencia viva; sin embargo, sistemas teóricos que emergieron en los tiempos de la modernidad, ya se habían problematizado, la subjetividad como un sistema en el que lo individual y lo social se dinamizan y constituyen de manera interdependiente.

En los últimos tiempos, han tenido lugar cuestionamientos de diversos ordenes, sobre los postulados teóricos y epistemológicos de corte experimental y cuantitativo considerados como

postulados dominantes. Estos cuestionamientos han estado centrados en “lo irreductible de los fenómenos psico-sociales, el papel del significado en la acción humana, la experiencia y la reflexividad (lo cual comprende evidentemente la situación del investigador) como elementos centrales en la producción de conocimiento” (Aguilar & Reid, 2007, p. 7). Los parámetros de dichos cuestionamientos, han sido forjados desde la psicología y otras ciencias sociales, por lo cual, en este artículo se reflexiona, partiendo del territorio de la psicología como ciencia social, sobre las posibilidades de pensar la subjetividad desde una mirada situada, que posibilite reflexionar, primero, sobre algunos de los nichos teóricos que han delimitado el estudio de la subjetividad en psicología; y segundo, sobre las múltiples relaciones que se dan entre el sujeto investigador y la realidad social susceptible a ser investigada a la luz de los devenires del mundo social. Esto se realiza con el ánimo de dar lugar a posibilidades que permitan la problematización de manera visible y legítima sobre los “reduccionismos psicologicistas, individualistas, sociologicistas, biologicistas, objetivistas relacionales y culturalistas, en la definición de los procesos asociados al campo subjetivo” (González, 2007, p. 23).

De este modo, se hace preciso dar cuenta del escenario en el que se orienta la reflexión expuesta en este artículo: contextualmente, se encuentra ubicada en las discusiones que emergieron en el marco de un proyecto de investigación particular, en el cual se ha venido cuestionando acerca de las posibilidades de investigar la subjetividad sin recurrir a la división ente lo interno y lo externo al ser humano; teóricamente se sitúa en una lectura de los planteamientos histórico – culturales en torno a la subjetividad propuestos por González (2000, 2007, 2008, 2010), y la psicología cultural desarrollada por Bruner (1991); epistemológicamente, se centra en la necesidad de reconocer que en los procesos de

construcción de conocimiento científico en las ciencias sociales, las comunidades investigativas se encuentran condicionadas por dinámicas sociales y políticas, por lo que el conocimiento que se produce, configura y reconfigura en torno a la subjetividad en psicología, da cuenta de una práctica social situada.

Así pues, este artículo esboza una posible salida a la división entre lo interno y lo externo del ser humano como premisa para el estudio de la subjetividad en psicología, desde el reconocimiento de lo cotidiano y la reivindicación del pensamiento narrativo (Bruner, 1997) como movimientos epistemológicos, éticos y políticos, que posibilitan la comprensión de la subjetividad como un proceso social que requiere de un estudio situado.

Para dar cuenta de lo anterior, se realiza en un primer momento, un recorrido por algunas de las transformaciones que ha tenido el abordaje de la subjetividad en la psicología, haciendo énfasis en la psicología norteamericana y su desarrollo en América Latina. En un segundo momento se proponen dos aspectos que se basan en la necesidad de una mirada situada, estos son, el reconocimiento de lo cotidiano como lugar de expresión y de problematización de la subjetividad; y el pensamiento narrativo (Bruner, 1997) como eje de la reivindicación de formas alternas de enunciar el conocimiento que sobre la subjetividad se produce, configura y reconfigura.

Un acercamiento a la subjetividad como problema en la psicología

Antes de ahondar en el punto central de este apartado, es importante tener en cuenta que en el marco de la psicología, la subjetividad ha sido poco problematizada; una de las razones de esto, es la prevalencia de una constante necesidad disciplinar por delimitar un objeto de

estudio, que dada la desconsideración de su complejidad, se asume a través de determinismos prácticos y conceptuales que constriñen la psicología a modos de conocer, de producir y reproducir conocimiento, y a modelos estáticos en los que los sistemas teóricos antiguos y nuevos se asumen desde una mirada:

Poco reflexiva y ritualizada de todo lo que “huele” a viejo, y en este sentido pasa a tener afirmaciones extremistas y poco fundamentadas que pierden su capacidad de mantener una relación crítica, en desarrollo y socialmente productiva, con la realidad que nos rodea (González, 2007, p. 8).

Al respecto, Canguilhem (1997) hace referencia a una psicología de la subjetividad que existía antes que la psicología del comportamiento que se fecunda en Norteamérica y que se consolida como hegemónica en Latinoamérica (Díaz, 2012). Esta psicología de la subjetividad se fundamenta en el dualismo cartesiano que divide en dos las formas en las que el ser humano se configura: el sentido externo y el sentido interno. Sin embargo, hay que resaltar que con la visión cartesiana, la subjetividad se empieza a dilucidar como punto de partida epistemológico, y con esto, la veracidad de la realidad externa se consolida como producto de ese sentido interno que es constituyente de la subjetividad y se da lugar a una primera relación entre lo interno y lo externo al ser humano (Feinmann, 2009). Esto es una primera pista de cómo la psicología ha asumido los sistemas teóricos desde un pensamiento poco reflexivo, que se centra más en las certezas que estos plantean, que en sus potencialidades.

Esta poca problematización de la subjetividad en la psicología, fue sustentada por otros aspectos que González (2000) ha desarrollado en múltiples trabajos, estos son: la tecnificación de la psicología dada su temprana americanización; la hegemonía de las formas de pensamiento

socialmente dominantes en occidente, centradas en la simplificación, la sustancialización de los conceptos como entidades y la dicotomización; y por otro lado, el auge del estructuralismo en el pensamiento francés, el cual influyó de manera determinante en el desarrollo del marxismo y del psicoanálisis. A pesar de ello, el marxismo permitió la comprensión de la ciencia humana como proceso social, y con esto, por primera vez se abrió lugar a una comprensión cultural de los procesos psíquicos, lo cual tiene su mayor desarrollo en la psicología soviética, de la que emergen múltiples esfuerzos por comprender la relación entre cultura y personalidad, según González (1999):

Existió una teoría psicológica de la modernidad que, por partir de una filosofía diferente, el marxismo, y por haber intentado una ruptura con el pensamiento psicológico hegemónico de la época, dado que apareció en un momento de profundas transformaciones en la representación del mundo y del ser humano, creó las bases para el desarrollo de una concepción histórico-cultural de la subjetividad: la psicología soviética (p. 9).

Partiendo de lo anterior, se reflexiona de manera específica sobre esa temprana americanización de la psicología, que se expresó en la psicología latinoamericana, a través de “su rápida profesionalización e instrumentalización ante las demandas crecientes del voraz desarrollo del imperialismo norteamericano a comienzos de siglo XX” (González, 2000). Para esto, se retoma la crítica que Bruner (1991) hace al auge de una revolución cognitiva que pretendía la recuperación de la mente en las ciencias humanas y sociales, y en su camino sufrió un desencuentro con las necesidades del mundo social, encapsuladas en la técnica, la tecnología y la computación. Esto implicó que el concepto de mente se extrapolara a dichos avances tecnológicos, deshumanizándose y equiparándose al funcionamiento de la máquina.

Ante esto, Bruner, propone recuperar el verdadero sentido de la revolución cognitiva, el cual implica el rescate de lo cultural como constitutivo de la mente humana, por lo que el eje comprensivo de las experiencias y actos humanos, se concibe desde la construcción de sistemas simbólicos que tienen su lugar de producción y reconfiguración en la cultura, en la que la moneda de intercambio entre los seres humanos es la posibilidad de contar historias, de relatar experiencias, es decir, de narrar. Esto da lugar a la fundamentación de una psicología cultural que pone en duda los principios biologicistas e individualistas y asume que las herramientas culturales se adquieren.

La psicología, entonces, se concibe como una disciplina tradicionalmente positivista, caracterizada por esas formas de pensamiento encapsuladas en un “esfuerzo por explicar la acción del hombre desde un punto de vista que esté fuera de la subjetividad humana” (Bruner, 1991, p. 30) requiriendo así una comprensión situada, primero en un contexto histórico-cultural específico en el cual se configura en relación a las dinámicas particulares, y segundo, en un contexto disciplinar constituido históricamente en reciprocidad al mundo que pretende estudiar. Un camino posible para esta comprensión, es el reconocimiento de la condición histórica y cultural del hombre como constitutiva de sus procesos cognitivos, con lo que se abre paso al posicionamiento de la cultura y de la subjetividad como conceptos fundamentales de la psicología. Esto implica, en palabras de Freire (2009), un tránsito de la conciencia mágica hacia la conciencia crítica, es decir, pasar de captar los hechos como verdad absoluta y fatalista a comprenderlos como lugar de integración con la realidad, donde el sujeto se ubica en su relación con otros y dimensiona la posibilidad de transformación al alrededor de las transacciones simbólicas que se desarrollan en la cultura.

Ello va en línea con los planteamientos de González (2000; 2007; 2008; 2010) sobre la subjetividad desde una perspectiva histórico-cultural, bajo la cual, esta se asume como “sistema procesal, plurideterminado, contradictorio (...) no caracterizado por invariantes estructurales que permitan construcciones universales sobre la naturaleza humana” (1999, p. 25). Desde esta mirada, la subjetividad está constituida y articulada por “sentidos subjetivos”, los cuales se dinamizan a través de la relación dialéctica entre lo simbólico y lo emocional; además provienen y se asumen, mediante “configuraciones subjetivas, en las que se integra una pluralidad de sentidos subjetivos que expresan cosas diferentes de la vida social del hombre, tanto del sujeto actuante como de la movilidad de los espacios sociales y su interpenetración” (Díaz, 2012, p. 336). Esta articulación conceptual, rompe con la dualidad entre lo individual y lo social, y así mismo entre lo biológico y lo cultural, al asumir las emociones no como constructo únicamente neurológico, sino como función cultural, producción social y representación del mundo imaginado y real.

Sin embargo, González acude a una nueva división, más bien representacional, entre lo individual y lo social, al postular dos lugares de la subjetividad que se integran a través de los sentidos y las configuraciones subjetivas. Estos lugares son la subjetividad individual y la subjetividad social, ambas sociales por su génesis, pero dinamizadas por y a través de configuraciones particulares aunque nunca aisladas. Esta división, en el marco de la mirada histórico-cultural de la subjetividad que se ha venido retomando, más que como una nueva dualidad, se puede asumir como una reivindicación. Por un lado, de la constitución sociocultural de la subjetividad que se ha resguardado en la psicología Latinoamericana desde un lugar recientemente problematizado y sistemáticamente

invisibilizado o desconocido, pues ha sido una psicología que ha venido marchando hacia “una formación con un corte aplicado y profesionalizante. Hacia lo psicobiológico, en detrimento de lo sociocultural” (Puche citado por Gallo, 2013). Y por otra parte, una reivindicación de un sujeto que ha sido homogeneizado por estos intentos de artificialización de lo humano, pero cuya acción está vinculada también a singularidades constitutivas y constituidas en lo cultural.

Desde esta mirada, surge la concepción de un sujeto constructor de realidades posibles, cuyas acciones, intenciones, creencias, compromisos y esperanzas, tienen su génesis en la narración de la vida en la cultura, y al mismo tiempo, adquiere visibilidad un hombre que se autonarra en medio de sus experiencias, que son siempre en relación con el otro. Esto implica reconocer los procesos cognitivos como interdependientes a los emocionales, sociales, ideológicos y políticos, en suma, implica “instaurar el diálogo como condición real de los procesos de subjetivación” (González, 2005):

El espacio de diálogo no es solo un espacio en el que se generan nuevas significaciones, sino un espacio donde se produce otra emocionalidad, y que se convierte en espacio de crecimiento social y personal (...) El diálogo es el máximo reconocimiento al sujeto de la diferencia, productivo y creativo, y es una categoría profundamente subversiva hasta hoy, en que los discursos de la diferencia se reafirman en la unanimidad y la homogeneidad (p. 19).

En este sentido, la emoción se convierte en ese permanente inexistente en la psicología que esta perspectiva histórico-cultural busca recuperar como factor de vital importancia en los procesos de producción de conocimiento científico en torno a la subjetividad, esto, con el fin de no caer de nuevo en lo que Bruner (1997) asume como una “poca curiosidad

psicológica sobre el origen de los errores (...) que eran, en efecto, alejamientos de las reglas del razonamiento correcto, es decir, la abstracción clásica, *bajo la cual, la intersección entre pensamiento y emoción constituiría una clase nula*” (p. 113).

La emoción no solo se ubica como un lugar o un momento de las configuraciones subjetivas, sino como factor constructor y de-constructor de las mismas. Son las emociones, en cierta manera, las que dan sentido a los sistemas simbólicos propios de la cultura, que adquieren significado a través de la experiencia subjetiva, en la cual, la existencia individual transcurre de manera paralela a la relación con el otro, que va a ser siempre legítima y/o ilegítima, institucionalizada y/o popular, visibilizada y/o invisibilizada. Esta es siempre una relación política que hace que la acción, el pensamiento y la emoción estén atravesados por “procesos de subjetivación que el *sujeto ignora, pues no domina el escenario en que actúa desde una lógica racional, pero interviene en ese escenario creando nuevas dimensiones de sentido y significación a través de su intención*” (González, 2005). Así pues, se puede entender que los escenarios a través los cuales se constituye la subjetividad, no son transparentes, es decir, su conocimiento no puede ser total ni desde la perspectiva del sentido común, ni desde la del conocimiento científico.

Hasta el momento, se ha buscado dar una suerte de panorama general con respecto a la forma en que la subjetividad, en un primer momento ocupa un lugar relegado en la psicología que llega a Latinoamérica y se consolida como hegemónica, la cual, derivada de un proceso de americanización, se constituyó como una disciplina positivista, ligada a la concepción de un sujeto fragmentado ajeno a su entorno social. Sin embargo, también se ha venido retomando la posibilidad de comprensión de la subjetividad

desde posturas que buscan un reconocimiento de la condición histórica y cultural como constituyente de eso que se denominó “mente”, dando paso a la ruptura de esa dualidad entre lo individual y lo social. En este sentido, un aspecto relevante en una comprensión situada de la subjetividad, es el reconocimiento de las emociones no como algo relativo únicamente a lo neurológico sino como una función cultural, que debe ser retomada en la psicología como ligada al pensamiento y a la acción, es decir, a lo que ocurre en la mente de los sujetos pero que es constituido y constituyente de las formas en que dichas producciones mentales se expresan en el contexto cultural a través de prácticas.

En este orden, a continuación se profundizará sobre la propuesta que se plantea en este artículo, en cuanto a las posibilidades de estudiar la subjetividad desde una mirada situada que permita superar la dicotomía entre ser humano y sociedad como baluarte en el estudio de la subjetividad en la psicología.

¿Qué implica una mirada situada? Una reflexión desde el ejercicio del debate académico

En uno de los debates sobre subjetividad y territorialidad que se desarrolló en el marco del proyecto de investigación desarrollado, un estudiante se formuló una pregunta: ¿hasta qué punto podemos estudiar la subjetividad si somos subjetividad? Esta pregunta vuelca la discusión hacia las implicaciones de problematizar la subjetividad, partiendo de que estudiantes, profesionales e investigadores, son sujetos históricos y culturales, por lo que la producción de conocimiento científico está sujeta a pretensiones ideologizadoras, constituyéndose como un ejercicio político.

Esto conduce a que uno de los requerimientos epistemológicos para repensar la subjetividad,

sea el reconocimiento de que el ejercicio de la investigación social que pretende conjeturar la subjetividad, es un ejercicio contextualizado histórica y culturalmente, que implica el tránsito del lugar del investigador como “sujeto objetivo” al lugar del sujeto cotidiano, que vive, significa y dota de sentido los fenómenos que pretende estudiar y que además, tiene subjetividad, por lo que su saber y su saber hacer debe direccionarse a “sostener la imposibilidad de alternativas subjetivas frente a la imposición de una única razón de percibir, sentir, atender, recordar o pensar el mundo” (Gallo, 2013). En este sentido, una mirada situada en torno al estudio de la subjetividad, requiere del reconocimiento de la necesidad por adentrarse en los sistemas teóricos tradicionales y los mantenimientos tradicionales de los sistemas teóricos actuales, lo cual implica cuestionarse en torno a los elementos subjetivos de dichos modelos, sin eliminarlos o invisibilizarlos (Wallerstein, 1996).

En este orden, una mirada situada no implica únicamente el acento en el contexto histórico-cultural en el cual se producen los procesos sociales, sino la reflexión sobre las posibilidades contextuales e históricas que han viabilizado la producción de conocimiento sobre la subjetividad en el ámbito disciplinar de la psicología, es decir, las problematizaciones sobre la subjetividad tienen lugar en la configuración de ciertas subjetividades constituyentes de prácticas y discursos científicos que no están aislados de las prácticas y los discursos que configuran las realidades sociales. Entonces, se parte de la idea de que las explicaciones, interpretaciones y transformaciones sobre la subjetividad como problema de la psicología, se han configurado dada la existencia de ciertos modos de ver la subjetividad en los que han intervenido intereses políticos, éticos, culturales y económicos de los académicos e investigadores.

En el caso específico de la reflexión que tiene lugar en este texto, las posibilidades de una mirada situada se proponen bajo la revisión de algunos sistemas teóricos que han transgredido los tradicionales y que han quedado lo suficientemente abiertos como para no negar otras formas de producción de conocimiento y para transformarse conforme a la dinámica histórica de las realidades sociales, es decir, que han ido en contravía a lo que Montero (1993) definió como un adoctrinamiento de la psicología social hegemónica, caracterizada por una desvinculación entre los problemas estudiados y la realidad social en que esos estudios se producen; y que reconocen la realidad social como una construcción social, es decir, como plural y contextualizada en lugar de única y universal. Estos sistemas son los planteados por Bruner (1991, 1997) y González (2000, 2005, 2007, 2008, 2010) los cuales se discuten a través de la articulación de dos conceptos: la cotidianidad y el pensamiento narrativo.

La articulación de estos dos conceptos, indican una forma de estudiar al hombre a través de estrategias que parten de la contemplación de la investigación en las ciencias sociales como un proceso de corte cualitativo, complejo y fuera de los límites de la pretensión de objetivación propia de la psicología tradicional y la psicología social centrada en la aplicación de conocimientos más que en la construcción de los mismos. Esto posibilita, a decir de Bruner un “estudio apropiado del hombre” (1991, p.19), el cual se sustenta en la comprensión de la relación entre el mundo de la psicología y el mundo de la cultura como interdependiente, inevitable y necesaria para construir un conocimiento que represente la realidad social, se relacione con ella y a través de ella “de abajo hacia arriba”, es decir, desde su condiciones de construcción en el seno de la cotidianidad hacia las distintas categorizaciones teóricas por las cuales ha sido atravesada.

El reconocimiento de lo cotidiano como lugar de expresión y de problematización de la subjetividad

Hacer referencia a la vida cotidiana, la cotidianidad y lo cotidiano como problema de las ciencias sociales y humanas, implica reconocer que el “conocimiento popular” o “sentido común” (Lindón, 2000), configura la expresión y constitución de las relaciones existentes entre los sujetos y el contexto social que los produce y que es producido por ellos. Esto ya que “la vida cotidiana es histórica, es decir, no puede pensarse al margen de las estructuras que la producen y que son simultáneamente producidas (y legitimadas) por ella” (Reguillo, 2000, p. 78).

Esta mirada implica un tránsito epistemológico que va del énfasis en los procesos cuantificables, medibles y homogéneos al reconocimiento de la existencia de sentidos y significados que se configuran a través de las experiencias humanas, que son experiencias sociales que transcurren en medio de lo que es concebido como “real” y de aquello que es imaginado. De este modo, contemplar la existencia e importancia de la cotidianidad, parte de concebirla como “el encuentro cara a cara con el otro, con sus rutinas, con sus ritualidades, con sus mecanismos de creación de proximidad y confianza” (Castillejo, 2010, p. 48).

La cotidianidad no solo es un lugar de expresión, sino también un concepto que pasa por niveles de consenso a nivel científico y cultural. En este sentido “la vida cotidiana no es problemática a priori y es por ello mismo problematizable, sus estrategias y las lógicas de operación revelan en su transcurrir las distintas negociaciones que los actores deben realizar continuamente con el orden social” (Reguillo, 2000, p.

78). En torno a la cotidianidad no solo se han generado interpretaciones heterogéneas a nivel científico, sino que simultáneamente, la cotidianidad implica la existencia de heterogeneidades sociales y culturales, de normalidades y de excepcionalidades, de normas y de transgresiones a las normas (que no están aisladas de lo científico). Todo esto amplía el margen de complejidad que trae consigo poner la subjetividad en el terreno de lo cotidiano, pero sin duda, permite acercarse a una mirada histórica, contextual y reflexiva de los procesos sociales.

Como ya se ha evidenciado, la psicología encarna diversas expresiones y procesos de negociación cultural en el ámbito científico, que hacen que esta no sea homogénea sino incorpore una multiplicidad de sistemas epistemológicos, teóricos y metodológicos, sustentados en consideraciones ético-políticas singulares. Esto se comprende como una expresión de que la psicología es, al igual que todas las disciplinas sociales y humanas, una práctica cotidiana mantenida por lógicas de normalización y transgresiones a las mismas.

La psicología latinoamericana tradicional extrapolada de la psicología americanizada y que prima en la psicología académica colombiana (Gallo, 2013), es sin duda una psicología que se ha mantenido gracias a lógicas normalizadoras que ella misma ha contribuido a fundamentar. Esta es una psicología poco reflexiva, a la que los mismos límites disciplinares le han impedido la comprensión de que estos “cumplen la función de disciplinar la mente y canalizar la energía de los estudiosos” (Wallerstein, 1996, p. 103), imposibilitando asumir una acción política en la práctica psicológica (Gallo, 2013). Esta psicología también ha pasado por momentos de descontextualización, en los que los fenómenos de estudio no se asumen desde su carácter situado, y esto lleva a una psicología des-historizada, en la que los determinismos

biológicos, técnicos e incluso los culturales y sociales, ocasionan la desconsideración de que las transformaciones históricas que suceden en los modos de ser y estar en el mundo social, no solo ocurren allí sino que también desactualizan los paradigmas científicos que se quieren consolidar como hegemónicos.

Una de las grandes transgresiones que ha sufrido la psicología latinoamericana, ha sido la emergencia de la psicología social crítica, que representó una alternativa a las formas acriticas de importación del pensamiento psicológico hegemónico en América Latina, pues emergió de la pregunta por la función que la psicología que provenía de Europa y de Estados Unidos cumplía en el marco de la psicología Latinoamericana (Díaz, 2012). Esta psicología se caracterizó y hoy se continúa alimentando, precisamente de construcciones teóricas que adquieren sentido en el contexto histórico cultural en el que se producen, que reivindican el lugar de una realidad particular que no puede seguir siendo estudiada desde modelos teóricos que se producen en realidades distintas. Esta es una psicología política que se fundamentó gracias al reconocimiento de la cotidianidad como lugar de expresión y de problematización del conocimiento científico, y del carácter político e ideológico de la psicología. Pero este reconocimiento de la cotidianidad no estuvo completamente ligado al reconocimiento de la psicología y sus trayectos como práctica cotidiana, lo que imposibilitó de manera visible contemplar la subjetividad como constituyente de la psicología como disciplina y no solo como objeto de estudio de la psicología. Como explica Díaz (2012), pensar la subjetividad en el mundo actual, implica no solo partir de un compromiso con las poblaciones desfavorecidas, sino con la misma psicología.

Así pues, enfrentarse a la necesidad de una mirada situada en el estudio de la subjetividad,

implica reconocer que en las psicología (y en general en las ciencias sociales) como en la vida cotidiana los enunciados no son transparentes, pues encarnan múltiples aspectos que no han sido problematizados y otros que simplemente no pueden problematizarse, pues como afirman Berger y Luckmann (1986) en uno de los trabajos pioneros en la comprensión de la vida cotidiana, “la realidad de la vida cotidiana siempre parece ser una zona de claridad detrás de la cual hay un trasfondo de sombras” (p. 61). Además, dichos enunciados constituyen la visibilización de un punto de vista intencionado sobre el cual distintas tradiciones teóricas ejercen vigilancia (Serna, 2010).

De este modo, un reconocimiento de la vida cotidiana en la psicología, que permita la comprensión de la subjetividad, implica un doble movimiento: por un lado, reconocer que la subjetividad necesita ser comprendida desde la totalidad de la realidad sociocultural, para lo cual, se debe tener en cuenta que “ninguna realidad social concreta puede entenderse sin la presencia de algún tipo de sujeto; y (...) que, a pesar de la importancia de estos, enfrentamos graves dificultades para comprenderlos en toda su complejidad” (Zemelman, 2010, p. 2). Y por otra parte, reconocer que los sistemas teóricos que sobre la subjetividad se han constituido, no están allí para ser consumidos y extrapolados sin pasar por procesos de debate que transgredan esas normalizaciones científicas y permitan la emergencia de excepciones conceptuales en lo que se interroguen, no de manera aislada, sino a través de reflexiones sistemáticas que sean reconocidas en el ámbito académico. Esto tiene que ver con la necesidad de “no separar los problemas de la práctica y de los desdoblamientos de la psicología, de la construcción teórica de la misma” (Díaz, 2012, p. 330).

El pensamiento narrativo como eje para la reivindicación de formas alternas de enunciar el conocimiento

La psicología como ciencia social es dinamizada por comunidades científicas heterogéneas, que en su configuración histórica, social y cultural, no son aisladas de las comunidades que ha pretendido estudiar como una realidad externa, pues los desarrollos científicos están situados en un contexto histórico y cultural específico, y la constitución de una comunidad académica está regulada por las creencias, los sentimientos, los juicios personales y la fe de quienes la conforman (Rojas, Flórez, González & Espíndola, 2011, p. 224).

Es en este sentido, aquí se proponen los desarrollos de Jerome Bruner en torno a la psicología cultural, con el fin de explicar que las comunidades científicas que producen, reproducen y expresan cotidianidad, es decir, construyen sistemas simbólicos en los que el lenguaje es la herramienta cultural que posibilita enunciar el conocimiento que sobre la subjetividad se produce, configura y reconfigura. El lenguaje y la cultura posibilitan la construcción de herramientas que permiten la vida en comunidad a través de la constitución de sistemas simbólicos que dan cuenta de “procesos de construcción y utilización de significados que conectan al hombre con la cultura (...) procesos de interpretación y negociación de significados compartidos” (Bruner, 1991, p. 28). Este sistema simbólico legitima y deslegitima explicaciones acerca de la realidad así como traza puentes de confrontación y negociación de significados, que dependiendo de su relación con la cotidianidad, parecen reales o irreales, normales o excepcionales, esperados o inesperados, validos o inválidos, confiables o poco confiables.

En este orden, habla Bruner (1997) de dos formas de pensamiento, dos maneras de ordenar la experiencia y construir la realidad. Se hace referencia entonces, a la modalidad narrativa y a la modalidad paradigmática del pensamiento. La modalidad paradigmática reduce la interpretación de la realidad a categorías fijas que tienen como condición ser verificables y “su lenguaje está regulado por requisitos de coherencia y no contradicción” (Bruner, p. 24). Mientras que en la modalidad narrativa, lo formal se reemplaza por lo creíble y lo que no tiene la necesidad de ser verdadero para dar lugar a realidades construidas y posibles; y su lenguaje no está regulado por criterios, sino los acontecimientos que tienen lugar en la cotidianidad, pues “se ocupa de las intenciones y acciones humanas y de las vicisitudes y consecuencias que marcan su transcurso. Trata de situar la experiencia en el tiempo y el espacio” (Bruner, 1997, p. 25).

Estas modalidades de pensamiento no están aisladas ni se dan de manera independiente, ambas pueden utilizarse para convencer al otro, pero tienen principios funcionales particulares, por lo que no pretenden convencer de lo mismo. Es así como la modalidad paradigmática recurre a la articulación de argumentos bien contruidos por medio de pruebas formales y empíricas, que tienen como finalidad convencer al otro de que lo que argumentan es una verdad. Mientras que la modalidad narrativa se vale de buenos relatos, que son aquellos que se asemejan a la vida, por lo que no establecen verdades, sino verosimilitudes (Bruner, 1997). Entonces, la diferencia principal entre pensamiento paradigmático y narrativo, está en la consideración de la ficción y de lo imaginado, como constituyente de la realidad social.

En este sentido, la psicología tradicional se ha configurado como una psicología paradigmática, al estar centrada en el paradigma disciplinar fundado por la ciencia social moderna.

Se caracteriza “por una restricción profunda a explorar lo diverso, a dar cuenta de lo diferente, lo creativo, lo no domesticable, lo que se inscribe como acontecimiento y no puede fosilizarse en un modelo o una estructura” (Najmanovich, 2001, p. 109), esta psicología, ha negado la posibilidad de repensar la subjetividad a la luz de unas configuraciones sociales y naturales que por fin se empiezan a reconocer como dinámicas y holísticas desde otras disciplinas. Ante esto, Najmanovich (2001) afirma que es necesario “abrir nuestro pensamiento creando espacios pero lo informal como -no formal- y no como -sin forma-” (p. 109). Esto es precisamente lo que posibilita el reconocimiento del pensamiento narrativo como una forma de utilización del lenguaje, que sea legítima en la psicología.

La modalidad paradigmática y la modalidad narrativa del pensamiento, han estado divididas en la historia del conocimiento: por un lado, el conocimiento científico, y por otro, el arte y las humanidades. Esto da cuenta de una división en los modos de conocer y hacer inteligible la realidad social, que la han dividido y fragmentado bajo pretensiones de especialización. Esta es la razón, por la que repensar la subjetividad desde una mirada que reconozca la modalidad narrativa del pensamiento, es vital si se quiere romper con las verdades paradigmáticas que hacen que la dicotomía entre el sujeto y la sociedad prevalezca en algunos sistemas teóricos actuales (Gallo, 2013).

Entonces, ante esta dicotomía entre dos formas de pensamiento que no son independientes y que además entran en tensión, se hace preciso un tránsito del pensamiento paradigmático que concibe la subjetividad como un producto residual de procesos que aparentan lo transparente y puro de las fórmulas matemáticas, hacia el pensamiento narrativo, que permite la comprensión de la subjetividad como construcción

estética y política, que si bien resguarda relaciones de poder, también de emancipación de un orden instaurado, pero no por esto imposible de ser desestructurado. Esta es una subjetividad no solo de los objetos investigados (en el peor de los casos) o de los sujetos investigados (en el mejor de los casos), sino que es un aspecto constituyente del conocimiento científico.

Reconocer la modalidad narrativa del pensamiento como forma legítima de enunciar el conocimiento científico, vuelca la producción de dicho conocimiento hacia la realidad psíquica, pues esta, predomina en la narración (Bruner, 1997). Esto no quiere decir que la psicología deba equipararse al arte o al sentido común. Sin duda, la teorización va ligada a las posibilidades categoriales y el lenguaje especializado es fruto de esta tarea. Esta reivindicación del pensamiento narrativo en el contexto de la psicología, va ligada básicamente a dos aspectos: El primero es la posibilidad de indeterminación, es decir, de movilización crítica hacia lo posible y lo inédito, lo cual implica la trasgresión de las restricciones del pensamiento fundamentadas en órdenes establecidos, los cuales, en el caso de la psicología, son ordenes instrumentales. La indeterminación consiste, en palabras de Zemelman (1998), en:

Encontrarnos ante la necesidad de distanciarnos de mecanismos que nos moldean en el plano lógico-instrumental, pues, en la medida que tomamos conciencia de ellos, rompemos con los límites conceptuales en los que hemos desarrollado el hábito de pensar, colocándonos en la situación de buscar una forma distinta de organizar la relación de conocimiento (p. 18).

El segundo aspecto que explica esta reivindicación del pensamiento narrativo, es la apertura a la posibilidad de nombrar el conocimiento desde otros lugares, a partir de los cuales el lenguaje especializado y categorial no conduzca a la producción y reproducción controlada del

conocimiento, que termina por encarnar una sobre especialización de las narraciones, cuando estas “se hacen tan ideológicas y de motivación tan egoísta que la desconfianza sustituye a la interpretación y “lo sucedido” se descalifica como puramente fabricado” (Bruner, 1991, p.98). Como se ha visto, esto conlleva al desconocimiento de otros lenguajes, por lo que es necesario el ejercicio crítico sobre las condiciones de transferencia y apropiación de estos conocimientos sobre-especializados¹.

Conclusiones, aportes y recomendaciones

Más que realizar un ejercicio de recapitulación, se cierra este artículo con una reflexión en torno al lugar académico y a la responsabilidad social y política que emerge como vital en la comprensión de la subjetividad desde una mirada situada. Esto implica repensar el rol del psicólogo como un rol contextualizado cultural e históricamente, y que lejos de ser neutral, se encuentra ligado a posiciones políticas que bien pueden legitimar o deslegitimar las formas hegemónicas y tradicionales de pensamiento que mantienen la división entre ser humano y sociedad al momento de estudiar la subjetividad. Así, las posibilidades de repensar la subjetividad desde una mirada que contemple las diversas dimensiones de contextualización ya abordadas, se comprenden ahora, como posibilidades epistemológicas, éticas y políticas, ya que la subjetividad es un problema integral que pone entredicho la división entre el mundo de la academia y el mundo de la vida cotidiana.

Al respecto, es un trabajo del psicólogo el reconocimiento de sus convicciones ético-políticas y de su lugar en las relaciones de poder que configuran los modos de ser y estar en

1 Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria: MISI, Línea de investigación imaginarios y representaciones.

comunidad, para de este modo, encontrar posibilidades de transformación de los patrones tradicionales que encapsulan la psicología en pretensiones de objetividad y cosificación de los procesos sociales, entre ellos, la subjetividad. Patrones ligados a lógicas económicas, políticas y culturales que sobrepasan las barreras de lo científico y que hacen de la psicología un instrumento cultural que encarna tanto posibilidades de normalización bajo lógicas excluyentes, deshumanizadoras y sobre-especializadas, o posibilidades de potencialización de la excepcionalidad cultural como lugar esclarecedor de las narrativas sobre especializadas que impregnan los sistemas teóricos tradicionales y que han conducido a la invisibilización de ciertas formas de conocer, de producir y de vivir el conocimiento que sobre la subjetividad se ha enunciado.

Pensar la subjetividad desde la mirada que se viene proponiendo, implica, para los investigadores, estudiosos, académicos y profesionales, situarse como sujetos de la psicología entendida como práctica cotidiana que está impregnada por lenguajes y formas de pensamiento predominantes: los paradigmáticos, para así,

reconocer otras posibilidades que emergen del pensamiento narrativo.

Esta es una propuesta que está direccionada a la problematización reflexiva y crítica de las formas de pensamiento que se han instaurado como únicas válidas y legítimas, para lo cual, se debe comprender que la normalidad de la disciplina puede ser transgredida través del reconocimiento de esta como cotidianidad y de la narrativa como posibilidad emergente para enunciar el conocimiento. Este sería un conocimiento que deje de lado la búsqueda de consecuencias y de argumentos verificables y que empiece a ser más similar a la vida, y la vida no conduce a verdades sino a posibilidades e indeterminaciones. Esto, a través de un lenguaje que no niegue a otros, ni se disfrace de ellos, sino que permita la construcción de vínculos dialógicos con otras formas de enunciar el conocimiento, con aquellas formas que la psicología tradicional ha pretendido cosificar. Así pues, una mirada situada requiere del diálogo de la psicología con su propia historia y del diálogo con las realidades que pretende estudiar, desde una perspectiva del reconocimiento de lo humano y no de un reconocimiento tecnificado y operacionalizante de los procesos humanos.

Referencias

- Aguilar, M. & Reid, A. (Coords). (2007). *Tratado de psicología social: perspectivas socioculturales*. México: Anthropos.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1986). Los fundamentos del conocimiento en la vida cotidiana. En P. Berger. (Ed.), *La construcción social de la realidad* (pp. 36-66). Buenos Aires: Amorrortu.
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bruner, J. (1997). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.
- Canguilhem, G. (1997). ¿Qué es la psicología? *Revista Colombiana de Psicología*, 7 (5), 224-228.
- Castillejo, A. (2010). Iluminan tanto como oscurecen: de las violencias y las memorias en la Colombia actual. En E. Barrero. (Ed.), *Memoria, Silencio y Acción Psicosocial Reflexiones sobre por qué recordar en Colombia* (pp. 21-54). Bogotá: Cátedra Libre.
- Díaz, A. (2012). Subjetividad política y psicologías sociales críticas en Latinoamérica: ideas a dos voces. [Entrevista con el psicólogo cubano Dr. Fernando González Rey]. *Universitas Psychologica*, 11(1), 325-338.
- Duque, R. (2006). Disciplinariedad, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad: vínculos y límites. *Revista Escritos*, 14(32), 94-125.
- Feinmann, J. (Productor). (2009). *Filosofía aquí y ahora* [serie de televisión]. Argentina: Canal Encuentro.
- Freire, P. (2009). *La educación como práctica de la libertad*. Montevideo: Siglo XXI.
- Gallo, J. (2013). Subjetividad y psicología, Uniformar conformar, formar. *Revista Integración Académica en Psicología*, 1(2). Recuperado de: <http://integracion-academica.org/vol1numero2-2013/18-subjetividad-y-psicologia-uniformar-conformar-formar>
- González, F. (1999). *La investigación cualitativa en psicología: Rumbos y desafíos*. São Paulo: EDUC.
- González, F. (2000). Lo cualitativo y lo cuantitativo en la investigación de la psicología social. *Revista Cubana de Psicología*, 17(1). Recuperado de http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?pid=S0257-43222000000100011&script=sci_arttext
- González, F. (2005). *El sujeto y la subjetividad: algunos de los dilemas actuales de su estudio*. Brasilia: Universidad de Brasilia.

- González, F. (2007). Posmodernidad y subjetividad: distorsiones y mitos. *Revista de Ciencias Humanas*, 37 (12), 7 - 25.
- González, F. (2008). Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales. *Revista Diversitas Perspectivas en Psicología*, 4(2), 225-243.
- González, F. (2010). Las categorías de sentido, sentido personal y sentido subjetivo en una perspectiva histórico-cultural: un camino hacia una nueva definición de subjetividad. *Revista Universitas Psychologica*, 9(1), 241-253.
- Lindon, A. (2000). Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación). En A. Lindon. (Ed.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. (pp. 7-18). México: Anthropos.
- Montero, M. (1993). Evolución y tendencias actuales de la psicología social en América Latina. *Papeles del Psicólogo*, 55 (1). Recuperado de www.papelesdelpsicologo.es/vernumero.asp?id=580. Fecha de consulta (03-07-2013).
- Najmanovich, D. (2001). Pensar la subjetividad. Complejidad, vínculos y emergencia. *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana*, 6(14), 106-11.
- Reguillo, R. (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana. En A. Lindon. (Ed.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* (pp. 77-94). México: Anthropos.
- Reguillo, R. (2001). Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo. *Revista Universidad de Guadalajara*, 17(1), 50-55.
- Rojas, L. Flórez, S. González, G. & Espíndola, A. (2011). La génesis social de los procesos cognitivos desde los planteamientos de Jerome Bruner. *Tesis Psicológica*, 6, 218-238.
- Serna, A. (2010). Investigación social: una mirada desde la historicidad, la reflexividad y la contextualidad. Algunas consideraciones para la construcción de propuestas. En: C. Piedrahita & A. Jiménez. (Ed.), *Desafíos en Estudios sociales e interdisciplinariedad* (pp. 155-161). Bogotá: Antropos.
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- Zemelman, H. (2010). Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. *Revista Polis*, 9(27), 355-366.
- Zemelman, H. (1998). *Sujeto: existencia y potencia*. Barcelona: Anthropos.